

REVISTA KARMEL

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA



Edición
diciembre
No. 20
2022

*San Juan
de la Cruz*



SUMARIO



1. El ser humano: formado y transformado.

7. El arte de acompañar al “otro”, desde la experiencia de San Juan de la Cruz.

12. Píldoras carmelitanas.

El ser humano: formado y transformado

Teólogo Julián Gélvez
Colombia

*“El alma más vive donde ama
que en el cuerpo donde anima”¹*

De la mano de la tradición y la Escritura, san Juan de la Cruz propone una dinámica de encuentro entre Dios y el ser humano. Aquel sale al encuentro de este para procurarle su propia vida. Esta es, en resumidas cuentas, la apuesta de transformación del hombre que propone san Juan de la Cruz para quien el ejercicio del amor une, iguala y mantiene unido el amante al Amado.

En lo más propio del ser humano se funda la devastación de su propio ser. Es decir que en el hombre, la transformación en el amor se da en y por la humanidad y la oración es el camino para encontrar el sentido de la vida que se halla soberanamente en la dinámica del amor que describimos brevemente arriba. Esta es la razón por la cual estos dos puntos se encuentran profundamente relacionados.

El ser humano en la comprensión sanjuanista es una criatura vocacionada a la interlocución con Dios¹. En este ejercicio dialéctico del amor, el ser humano encuentra profundamente su salvación. En otras palabras, *“el hombre llega a ser hombre cuando el ágape se ha apoderado totalmente de él”²*, porque lo humano encuentra su ápice de



realización en la capacidad de ser asumido kenóticamente por el Verbo Encarnado. De esta manera se inserta en el misterio de la Trinidad.

Para san Juan de la Cruz, el ejercicio de unión del alma con Dios, que supone la inserción en la dinámica relacional, implica la participación en las condiciones y las propiedades del amante:

“Cuando uno ama y hace bien a otro, hácele bien y ámale según su condición y propiedades; y así, tu Esposo, estando en ti, como quien Él es, te hace las mercedes; porque siendo Él omnipotente, hácete bien y ámate con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría; y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace mercedes con santidad (...) mostrándosete en estas vías de sus noticias alegremente (Sb 6, 17), con este

¹ Ver: Ídem., *Subida al monte Carmelo*, I, 11, 4.

² Castro, “El amor como apertura trascendental del hombre en san Juan de la Cruz”, 443.

su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya no sin gran júbilo tuyo: Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti”³.



Estos atributos que san Juan de la Cruz describe en *Llama de Amor Viva* tienen su fuente en la relación real subsistente, que se resume en un amor desbordante de la Trinidad en sí y hacia el alma.

Podría decirse que: “Siendo Él relación de amor, te hace bien y te ama con relación de amor”. Se comprende así que Dios sea el criterio de plenificación del ser humano y no exista otro. A esta realidad san Juan de la Cruz la llama “lumbre de los ojos de mi alma”. “Los ojos de mi alma no tienen otra lumbre, ni por naturaleza ni por amor, sino a ti, véante mis ojos, pues de todas maneras eres lumbre dellos”⁴. Esto quiere decir que, de cualquier manera pensable, en Dios se encuentra la única luz que puede iluminar los ojos para ver.

³ San Juan de la Cruz, *Llama de Amor Viva*, 3, 6

⁴ Ídem., *Cántico Espiritual*, 11, 8.

⁵ *Ibíd.*, 12, 7.

Ahora bien, este ejercicio amoroso trae profundas consecuencias que ya el místico español deja en evidencia: “Tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro y que entrambos son uno”⁵.

Esta profunda identificación entre los amantes se debe a la posesión de cada uno del otro, en palabras del Concilio Vaticano II a la sponsalidad que implica ser consortes: “Ya Dios en la Persona de Cristo corrió con la suerte que correspondía al hombre; ahora al hombre, gracias a la Encarnación-Pasión-Resurrección del Hijo (misterios inseparables), y al envío del Espíritu Santo, le corresponde correr la suerte de la vida divina, porque así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del ser humano con Dios”⁶.

“Por los ojos del Esposo entiende aquí su divinidad misericordiosa, la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma divinidad”⁷.

En segundo lugar, el fundamento esencial del ser humano es la participación del amor de Dios, de modo que todo él queda revestido y fortalecido por la gracia de la ternura y la misericordia de Dios. En otras palabras, lo más propio del ser humano, su carne, su ser fenomenológico si se quiere, es asumido por la Encarnación del Verbo y a través de ella colmado de amor.

Esta realidad puede compararse con las “profundas cavernas del sentido”⁸, capaces de bien en tanto llenas de infinito se encuentren atestadas del amor de Dios. En otras palabras: cuando el anhelo naturalmente humano de infinito se encuentra con la Encarnación del Verbo y se colma relacionamente de la Trinidad, saliendo de sí y perdiéndose a sí, el ser humano se encuentra con el modelo prototípico de humanidad: Jesucristo.

⁶ *Ibíd.*,

⁷ *Ibíd.*, 32, 4. Ver *Ibíd.*, 13, 11.

⁸ San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 3, 18.

Entonces, vuelve a encontrarse a sí misma, pero con una profundidad siempre novedosa⁹.

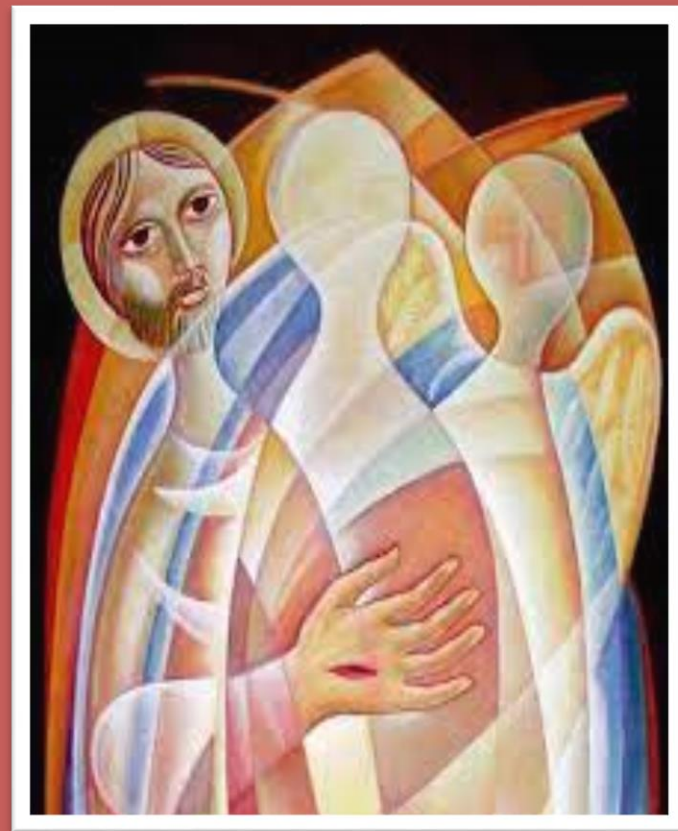
Se puede decir, entonces, que la persona participa de la *kénosis* del Hijo y, por ella, también de su *perijóresis*, la forma particular en que las Personas divinas se entregan (se aman), una a otra. De esta manera se renueva la comprensión eclesial: todos somos amados e insertados en la vida propia de Dios, somos igualados a Ellos¹⁰ y sujetos a su Relación¹¹.

En este orden de ideas, “el amor es una realidad dinámica y ontológicamente dialógica”¹². En el amor hay un encuentro de personas que se relacionan y por principio trinitario moran, permanecen recíprocamente, el uno en el otro. Esto aplica en primer lugar a la Trinidad, pero se extiende a la obra creada que participa de su ser. Por tanto, el principio agápico se presenta como realidad dinámica y creativa, que mueve al ser humano a la apertura ontológica y que le constituye persona en esa apertura.

“El amor es la única realidad que se puede participar sin agotarla y sin confundirse con el otro. El amor es una relación de la vida misma que abraza a una persona en sí como unidad de sí. Y el mismo amor es una relación personal entre amante y amado, un nexa entre los dos que viene a ser puente real por el que el amante llega a traspasar su epicentro al amado y el amado, a través de ese puente, se puede encontrar con el amante. El amor es la vida misma que llega a abrazar todo lo que existe y que, por una “vena” vivificante, da a todo lo existente existencia, sustento y alimento para que nada se pierda y nada muera”¹³. En este sentido se lee también a san Juan de la Cruz: “El amor es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se

une el alma con Dios”¹⁴. Pero este puente tendido por el amor no se limita a la conexión entre el alma (que ha de comprenderse en sentido amplio como persona), y Dios, sino que implica a lo menos tres realidades: encuentro consigo mismo¹⁵, encuentro con los otros¹⁶ y encuentro con Dios¹⁷.

Según afirma Castro: “Mediante el amor, el hombre queda abierto a la realidad personal del otro, se proyecta más allá de sí mismo y queda trascendido”¹⁸. Esto significa que el amor se convierte en una dinámica trascendental, mediante la cual Dios hizo posible aquello que le era imposible: morir. Así, gracias al ejercicio amoroso de la *kénosis* del Verbo Encarnado, la carne humana es injertada en la dinámica trinitaria. De modo que lo más propio del ser humano ahora está dentro de lo divino.



⁹ Castro, “El amor como apertura trascendental del hombre en san Juan de la Cruz”, 436.

¹⁰ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 32, 6.

¹¹ Ídem., *Subida al monte carmelo*, I, 4, 3.

¹² Rupnik, *Decir el hombre: la persona, cultura de la Pascua*, 71

¹³ Rupnik, *Decir el hombre: la persona, cultura de la Pascua*, 94.

¹⁴ San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 1, 13.

¹⁵ Ídem., *Cántico Espiritual*, 1, 1.

¹⁶ Íbid., 25, 1.

¹⁷ Íbid., 22, 26.

¹⁸ Castro, “El amor como apertura trascendental del hombre en san Juan de la Cruz”, 434.

Este modelo de relacionalidad, que propone san Juan de la Cruz, tiene como dechado a la Trinidad, en donde el ser humano se encuentra abocado al amor como a la finalidad más intrínseca de sí mismo¹⁹.

Este es uno de los mayores aportes que la teología puede brindar a la comprensión transformante del amor. De esta manera se predica el hombre a través de la Trinidad, particularmente de Cristo. *Él es la persona en la que se ha realizado el principio agápico hasta la plenitud y que, por tanto, es la plena realización de la libertad del amor*²⁰, esto significa que en la persona de Cristo, y en su procura, se halla la plenitud de la posesión del ágape en donde el ser humano encuentra el puerto hacia el cual se dirige.



Por tanto, no puede hacer otra cosa que desbordar el amor relacional en Otro/otro: *“amar al otro significa verlo y pensarlo con amor y en el amor, o sea, considerándolo lo más integralmente posible, y relacionarse con él teniendo en cuenta su integralidad [...] Amar al otro significa implicarse integralmente”*²¹.

Esta apertura, modélica en Cristo, se constituye en el principio ontológico (y consecuencialmente moral), del ser humano, donde encuentra su completa realización personal. Se puede decir que se camina hacia Dios junto, con, en los demás seres humanos.

En el ejercicio amoroso y relacional de la Trinidad hacia el hombre y la inserción de este en la dinámica relacional de Dios, el Padre ve al Hijo en cada hijo y entonces le ama con el mismo Amor, el Espíritu, y entrambos son vistos mutuamente en la dinámica trinitaria: *“Hagamos de manera que, por medio de este ejercicio de amor ya dicho lleguemos hasta vernos en tu hermosura en la vida eterna, esto es: que de tal manera esté yo transformada en tu hermosura, que, siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo ya tu misma hermosura; de manera que, mirando el uno al otro, vea cada uno en el otro su hermosura, siendo la una y la del otro tu hermosura sola, absorta yo en tu hermosura; y así te veré yo a ti en tu hermosura, y tú a mí en tu hermosura, y yo me veré en ti en tu hermosura, y tú te verás en mí en tu hermosura; y así, parezca yo tú en tu hermosura, y parezcas tú yo en tu hermosura, y mi hermosura sea tu hermosura y tu hermosura mi hermosura; y así, seré yo tú en tu hermosura, y serás tú yo en tu hermosura, porque tu misma hermosura será mi hermosura; y así nos veremos el uno al otro en tu hermosura”*²².

Por otra parte, la cuestión de la oración en san Juan de la Cruz es tan fascinante como compleja. Él no se refiere a la oración directa y expresamente; no se plantea sistemáticamente la descripción, definición, división y problemática que surge de la oración cristiana (como sí lo habrá hecho Santa Teresa de Jesús). Sin embargo, cualquier persona que se aproxime a su vida, pensamiento y obra le puede parecer, y sin equivocarse, que nunca deja de hablar de oración²³.

¹⁹ *Ibíd.*, 458.

²⁰ Rupnik, *Decir el hombre: la persona, cultura de la Pascua*, 117.

²¹ *Ibíd.*, 103.

²² San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 36, 5.

²³ Ver: Castro, “Oración”, 1076.

Juan de la Cruz no es maestro de oración en cuanto que presente un buen sistema pedagógico, un completo elenco de temas, un orden de formas y concretas maneras de proceder²⁴. Es maestro de oración porque su vida fue una oración viva, testimonio vivo y vivificante del amor de Dios hacia el ser humano, que quiere atraer hacia sí a todas las criaturas para comunicarles su ser en plenitud y transformar en la oración lo formado por la creación.



José M^a Salaverría (+1940), S. Juan de la Cruz

²⁴ *Ibíd.*, 1083.

²⁵ Santa Teresa de Jesús, *Libro de las Fundaciones*, 14, 7.

Afirma Santa Teresa, refiriéndose al santo: *“Supe que después que acaban los maitines hasta prima no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande que les acaecía irse con harta nieve los hábitos cuando iban a prima y no lo haber sentido”* ²⁵.

Todo es oración en la vida de fray Juan. Su diálogo con Dios es constante y fluido, serio y profundo, sincero y ameno, del mismo tono que su existencia entera. *Si el estilo es el hombre, la oración es el creyente*²⁶. Esto significa que, para Juan, ante todo, la oración es una experiencia completamente existencial que mueve al hombre hacia su destino último que, por ser también su origen, carga profundamente de sentido su realidad concreta.

Se puede afirmar entonces que: *“El mensaje sanjuanista sobre la práctica cristiana de la oración es por eso de gran hondura, amplitud y originalidad. Hondura porque coloca la cuestión más allá de la mera descripción y didáctica de un ejercicio concreto o de una práctica devocional; amplitud, porque traslada la cuestión sobre la dificultad o sobre el ejercicio de la oración a la pregunta por su autenticidad, es decir, desplaza la cuestión sobre quién es el que ora y en qué condiciones se puede decir que un hombre ora”* ²⁷.



²⁶ Castro, “Oración”, 1077.

²⁷ *Ibíd.*, 1076.



Quando Juan de la Cruz se pregunta por la oración no solo se pregunta quién y cómo es Dios, sino también cómo el hombre se relaciona con Él. Es por esto que se vinculan los dos temas anteriores. Se puede afirmar que la oración es *poner en acto la vida teológica de la fe y la esperanza y el amor en ejercicio*²⁸.

Para este ejercicio es condición la libertad y la purificación. Porque el hombre sin oración es incapaz de alcanzar su plenitud en la unión con

Dios²⁹: *“Orar para él [Juan de la Cruz], y orar bien no es cuestión sino de saber amar con libertad y con fortaleza”*³⁰. La oración procura ante todo el encuentro personal con Dios por encima de cualquier cosa, porque la oración se encarga de *“cambiar al hombre para la comunión con Dios”*³¹.

Es importante resaltar que las canciones finales de *Cántico Espiritual*³² y de *Llama de Amor Viva*³³ hacen referencia a que la vida espiritual, y por tanto la oración dentro de ella, se resuelven en el ejercicio del amor, donde quedan ya disipados los límites y las penurias de la vida e incluso de la oración misma³⁴, por eso no puede ser el punto final sino el procesual.

En conclusión, podemos afirmar que, como la oración es el camino para alcanzar la unión del alma con Dios y en Dios se encuentra la plenitud, fundamento ontológico del ser humano, en la oración se encuentra el sentido ontológicamente constitutivo del ser.

Bibliografía

- Castro, Gabriel. “Oración”, En: Pacho, Eulogio, *Diccionario de san Juan de la Cruz*, Burgos: Monte Carmelo, 2000: 1076-1092.
- Castro, Secundino. “El amor como apertura trascendental del hombre en san Juan de la Cruz”.
- *Revista de Espiritualidad* 35 (1976), núm. 140-141: 431-463.
- Rupnik, Marco Ivan. *Decir el hombre: persona, cultura de la Pascua*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2014.
- San Juan de la Cruz. *Obras Completas*, Ed. José Vicente Rodríguez. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2008.
- Santa Teresa de Jesús. *Obras Completas*, Ed. Juan Manuel Herraiz. Madrid: Editorial Fonte, 2010.

²⁸ *Ibíd.*, 1084.

²⁹ Ver: San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, I, 6-10.

³⁰ Castro, “Oración”, 1084.

³¹ *Ibíd.*, 1088.

³² San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 40, 7.

³³ *Ídem.*, *Llama de Amor Viva*, 4, 17.

³⁴ Castro, “Oración”, 1091.

El arte de acompañar al “otro”, desde la “experiencia” de San Juan de la Cruz

Alejandra Urzua Menacho
OCDS Bolivia



La vida de San Juan de la Cruz nos muestra un camino espiritual por el cual el ser humano puede lograr la unión con Dios. Este es el tema en todas sus obras. La santidad no como meta, sino como un principio llevado a plenitud.

La preocupación de nuestro santo carmelita es llevar al hombre a la unión con Dios, favorecer que la persona pueda alcanzar su fin. Es por ello que San Juan de la Cruz, quien acompañó a muchas personas y sigue acompañando hasta el día de hoy, se ha convertido en un gran maestro espiritual.

Por lo cual, a través de este artículo, propongo al Carmelo Secular, como principal misión, ser “parteros de la mística de la interioridad”, acompañando al “otro” desde la experiencia de san Juan de la Cruz.

¹ HÓDAR, MANUEL, *San Juan de la Cruz guía de maestros espirituales*, Monte Carmelo, Burgos, 2009, p. 29.

Primero debemos situarnos en el encuentro que tuvo Santa Teresa de Jesús con Juan de la Cruz en Medina del Campo, en el verano de 1567. Sabemos que cuando Juan se ordenó sacerdote ya tenía la idea de ir a la cartuja; buscaba dedicarse a su vida interior. Sin embargo, Santa Teresa le propone ser parte de su proyecto.

La respuesta afirmativa a la propuesta de la madre Teresa significó un giro inesperado en la vida de fray Juan. Su proyecto de dedicarse exclusivamente a su propia vida interior se amplía. Y sin dejarlo, se compromete a guiar a otros en este camino. Su total dedicación a esta tarea fue la escuela que le hizo maestro¹.

Ahora bien, los carmelitas seculares desde la “secularidad, en su carácter mundano, que no es solo un dato sociológico, sino teológico (según

Dios), *ontológico* (modo de ser y de estar), y específico como seglar” (enraizado en la realidad, la cultura, la propia vida), somos contemplativos que vivimos en medio del mundo. Un mundo que necesita de personas comprometidas, con una experiencia profunda de Dios, siendo testigos de que es posible vivirlo en medio de la familia, del trabajo y de los ajetresos del día a día.

“Vosotros los carmelitas tenéis vocación de pedagogos de la humanidad, parteros de la mística de la interioridad. Un carmelita auténtico es aquel que se toma en serio el carmelita interior, el místico que todos llevamos dentro” (P. José Cristo Rey, Cap. General, Ávila, 2003).

Estamos en un tiempo en que añoramos con una especial intensidad la espiritualidad. Aunque vivamos en un mundo enfocado en el “afuera”, se da lo contrario: la búsqueda de lo “interior”. Lo peor es que no encontramos forma, modo, camino, acompañantes, maestros.

Nuestro objetivo, desde fray Juan de la Cruz, será siempre el mismo: “llevar de la mano”, mostrar el camino para que la persona llegue a la plenitud en la unión de amor con Dios.



UNA CIERTA UBICACIÓN



Según los reportes de las noticias de cada día, la violencia doméstica, la ingesta de antidepresivos y la tasa de suicidios se han incrementado significativamente durante la pandemia. Nosotros mismos somos testigos de la soledad en que viven millones de personas y del efecto que han tenido las restricciones en el sufrimiento de miles de personas y sus familias.

En este tiempo de desafío para todos, el Evangelio y la doctrina de nuestros santos se convierten en un llamado ineludible para actuar. La vida, obra y palabras de Jesús urgen. Ni la más acertada teoría psicológica sería capaz de aproximarse a las verdades que sus palabras evocan, pues relatan la belleza de la compasión y revelan el amor radical de nuestra semejanza como hijos del mismo Padre y hermanos para el cuidado recíproco.

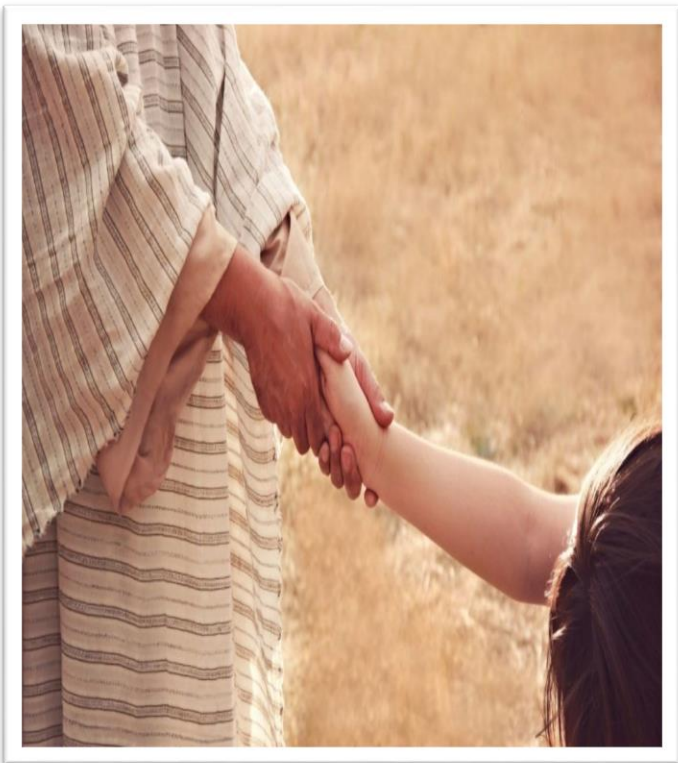
La pandemia ha puesto en evidencia esta realidad, siempre presente, y además nos ha dejado al descubierto las pandemias psíquicas que atraviesan nuestro mundo: egocentrismo, codicia, violencia, inseguridad, muerte.

También son pobres nuestras relaciones interpersonales en el ámbito familiar, social, laboral y qué decir de la ceguera ante lo trascendente, etc. La humanidad herida, caída a la orilla del camino, ha puesto de manifiesto la sociedad líquida, sociedad sin absoluto, sin capacidad para la frustración.

Y en este contexto aparece *el arte de acompañar al otro, de vivir la mistagogía* que “*transfigura*” a la luz de la presencia misteriosa de lo sagrado. El Misterio que nos envuelve.

Siempre hay un “*más allá*” en las personas y en las cosas que las humaniza, que pide mirada profunda, contemplativa, mirada teologal.

Nosotros estamos llamados a ser profetas de la experiencia. Es misión del creyente de hoy ayudar a los hombres a entrar en ella para que descubran a Dios presente en la vida.



EL OTRO COMO “TIERRA SAGRADA”

Todos por naturaleza somos interdependientes (nos necesitamos). Uno comienza a ser persona cuando sale de sí mismo y se pone en comunicación, intercambio con los demás, cuando uno ama. Mi realización personal solo es posible en compañía de los otros.

En todo caso (a pesar de los conflictos interpersonales), siempre es mucho más lo que nos une que lo que nos puede separar en un momento dado. Las diferencias, más que problemas, se deben constituir en fuente de riqueza y de crecimiento.

Somos criaturas humanas, personas, no solo individuos, con un Dios creador e hijos (no solo criaturas humanas), con un Dios Padre y por eso, hermanos. Llamar a Dios *Padre* es descubrir que somos hermanos. Recordemos la pregunta que leemos en Génesis 4, 9: “**¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?**”. Dios nos pide de nuevo que seamos *guardianes* de nuestros hermanos y “*camilleros*” (Mc. 2, 1-12). Debemos ayudar a los demás. Jesús ve la fe de los camilleros y hace el doble e integral milagro.

¿Cómo deben ser nuestras relaciones interpersonales?

1. Abiertas, profundas, comunicativas de vida, sostenidas, liberadoras, personalizadas.
2. Significativas de la vocación, espontáneas, confiadas.
3. De auténtica comunicación, por eso, generadoras de comunión.
4. Cuando el otro (a) tiene nombre y apellidos conocidos es mi hermano(a).



“QUÍTATE LAS SANDALIAS, PORQUE EL SUELO QUE ESTÁS PISANDO ES UNA TIERRA SAGRADA”

Exódo 3, 1–5.

“Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb.

Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: "Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?"

Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: "¡Moisés, Moisés!". "Aquí estoy", respondió él.

Entonces Dios le dijo: "No te acerques hasta aquí. Quitate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra sagrada".

Esa tierra sagrada, el otro, puede ser el amigo, un desconocido, los compañeros de trabajo, parientes, etc. Debemos descalzarnos de suposiciones, prejuicios, señalamientos, habladurías, indiferencias, egoísmos, etc., para llegar a la vida y a la realidad de los demás.

Es de resaltar que la calidad de nuestra vida se mide por la calidad de nuestros *encuentros* con los demás. **Y todo *encuentro* supone:**

1. Salida de sí mismo.
2. Descubrimiento del otro, su revelación.
3. Intercambio, diálogo.
4. Valorización, personalización de su mundo.

De esta manera, el arte de acompañar al otro debe introducir a la persona en el camino hacia la experiencia de Dios. La puerta y la primera captación de la interioridad ajena es la empatía.

La prolongación de ese viaje a la intimidad del prójimo cobra impulso con el resorte poderoso y libre del amor. Del amor maduro que, en un sentido profundo, crea al otro.

Cada hombre que se lanza a semejante aventura se vuelve capaz de vivir no solo el amor, sino también la empatía, lo mismo que otras actitudes: simpatía, compasión, ternura, cariño, comprensión, tolerancia, etc.

“Advierte a los que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas e este negocio no son ellos sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos son solo instrumento para enderezarlas en la perfección por la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una” (Ll 3, 46).

PARA CONCLUIR



Hace más de un año san Juan de la Cruz era un desconocido para mí, le conocía de oídas. Pero esto cambió tras recibir la noticia de padecer un tumor cerebral. Fue un golpe duro para mí.

Tuve que salir fuera de mi país, Bolivia, en busca de ayuda médica. No solo significó un cambio externo y hasta geográfico, sino un proceso interior que solo el santo carmelita supo acompañar, poniéndome palabras propias a lo que yo iba viviendo. Juan de la Cruz se convirtió en un padre y un maestro en la “noche oscura” de mi camino.

Me enseñó que no siempre se debe ser fuerte, que como hija puedo mostrarme frágil delante de Dios.

Puedo tener dudas, puedo reclamar y llorar cuando no entiendo el porqué de algo en la vida.

Que si el Padre de la parábola tuvo compasión con el hijo menor que se fue y malgastó todo lo que tenía, cuánta más compasión tendría con el hijo que siempre estuvo en casa a su lado (yo me sentía así), como el hijo mayor de la parábola que siempre estuvo en casa y Dios de pronto “permitía” una enfermedad. Solía decir: “Pero, Señor, si yo siempre he estado a tu lado, por qué algo tan difícil”.

San Juan de la Cruz me enseñó que el proceso de santificación es también proceso de humanización. No se da el uno sin el otro. Así que le debo al gran místico del Carmelo ser un poco más humana hoy.

Sigo en este proceso y por eso descubrí lo importante y urgente que es encontrarnos con verdaderos guías, maestros espirituales en la vida y creo firmemente que nosotros los carmelitas estamos llamados a la pastoral de la espiritualidad.



Sabía usted que...

1. San Juan de la Cruz nació en 1542, en el seno de una familia hidalga empobrecida. Sus padres: Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. Tuvo dos hermanos: Francisco y Luis.

2. Empezó a trabajar muy joven en un hospital y recibió su formación intelectual en el colegio jesuita de Medina del Campo.

3. Conoció, en 1567, a Santa Teresa de Jesús.

4. Juan de la Cruz se convierte en uno de los principales formadores para los nuevos adeptos a la reforma carmelitana. En 1572 viaja, invitado por Teresa de Jesús, al Convento de la Encarnación, en Ávila, donde asume las tareas de vicario y confesor de las monjas. Permanecerá allí hasta finales de 1577, por lo que acompañará a la madre Teresa a la fundación de diversos conventos de descalzas, como el de Segovia.

5. En sus tres poemas mayores, Llama de amor viva, Noche oscura y Cántico espiritual, estrechamente relacionados entre sí, Juan de la Cruz condensó sus propias vivencias personales, derivadas del constante anhelo de que su alma alcanzase la fusión ideal con su Creador. Las tres composiciones, de un modo u otro, describen el ascenso místico del alma hacia Dios y dado que surgieron de una experiencia mística que se expresaba en alegorías y símbolos, san Juan de la Cruz consideró que debían ser explicadas. Esto le llevó a la escritura de comentarios en prosa a los poemas.

6. La espiritualidad de fray Juan de la Cruz es enteramente teologal.

7. Murió en Úbeda (Jaén), en 1591.

8. Fue el mayor poeta místico del Renacimiento español. En 1952 fue proclamado patrono de los poetas españoles

9. Fue canonizado en 1726 y proclamado Doctor de la Iglesia en 1926.

*“Olvido de lo criado, memoria del Criador,
atención a lo interior y estarse amando al
Amado: San Juan de la Cruz.*

Fuente:

www.biografiasyvidas.com

Wikipedia

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS - CALI
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA
DICIEMBRE 2022



Correo electrónico: karmelocdszonasur@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790